

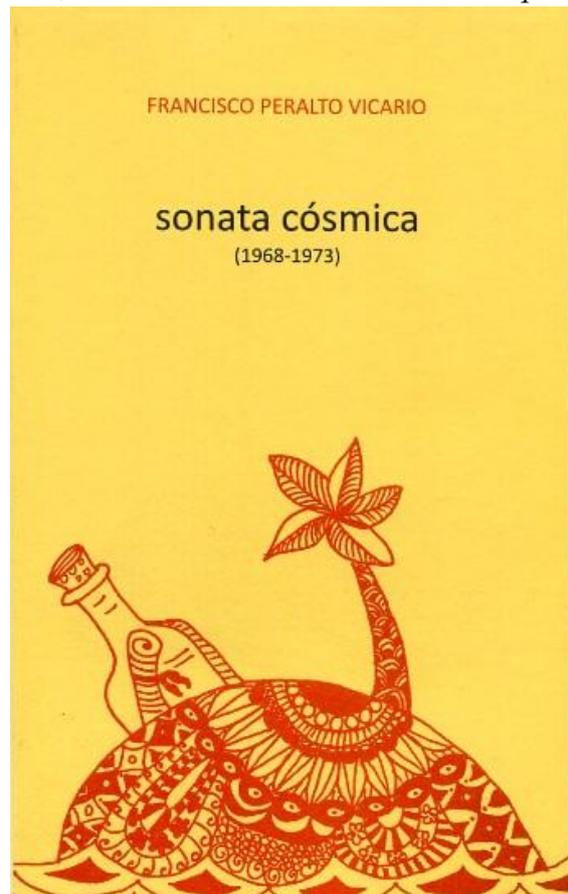
Sonata cósmica de Francisco Peralto Vicario

Antonio García Velasco

Francisco Peralto Vicario
Sonata cósmica (1968-1973)
Colección La botella del naufrago
Editorial Corona del Sur
Málaga, 2015

Estamos ante nueva edición del primer libro publicado de Francisco Peralto. Como si fuera la primera vez lo leo, sin tener en cuenta lo mucho que he escrito sobre la poesía de este autor. La impresión inicial es que nos encontramos ante una poesía de análisis de situaciones. Tales situaciones son personales o de introspección, de la realidad externa e inmediata o de mundos fantásticos. En ocasiones, se permite aconsejar o, dicho de otro modo, proponer un camino, sugerir un patrón de conducta. Es, por ejemplo, lo que hace en “No digáis”, poema inicial: “Bajo la noche suave no digáis palabras vanas / No alabéis otros fuegos fatuos / como un fénix ceniciento... [...] No deis fáciles esperanzas sublimes / no ensuciaros con las mentiras...” Para terminar analizando y exponiendo la causa de sus exhortaciones: el deseo de evitar las consecuencias de una conducta como la reprobada: “...seguiréis así / con los pies de barro y todo sucios / Luego / en los helados espíritus –por vosotros- / reinará la más soez desesperación”. Este reinado es el que desea evitar con sus recomendaciones conductuales.

Como análisis de situaciones personales podemos considerar el poema titulado “No quise”, subtítulo “Imitación de Cavafis”: “Resistí la tentación / No fui / Lentamente me liberé / de cargas desdichadas...” Y también, en los versos finales, la causa de la conducta ejemplificada: “No deseo oscurecerme / aniquilarme en el placer”. El descubrimiento de Cavafis, en las traducciones de aquellos años sesenta-setenta, tuvo un positivo impacto en Francisco Peralto, quizás, el origen de su escritura poética. También en el poeta griego encontramos análisis de situaciones desde una original



perspectiva personal que, por supuesto, lo implican. Y también encontramos consejos, exhortaciones que, si bien parecen dirigidas a otro u otros, lo son a sí mismo. En esa misma línea cavafiana –análisis de situación-consejos a sí mismo dirigidos a una segunda persona- tenemos otros ejemplos como “Compás”, que citamos para ilustrar el tipo de imágenes que suelen abundar en la poesía de Peralto: “Hay un pasatiempo que se adorna / un despertar en lo más hondo / Quimera perdida / en el osario del tiempo ennegrecido / Fatal silencio / en la penumbra de la tarde ida / Como un jirón de niebla en fuga / en el valle proceloso y tibio / Acaso sea una precoz huida / al destino que acecha / Pero mientras llega la condena / no deseches el íntimo vahído / que la dicha proporciona / Acaricia suavemente su vaga forma / Únete al silencioso volumen / y en el cielo que te regalas espera la hora prometida”.

Estamos ante una imaginería barroca y abstracta en el sentido de transmiten un referente subjetivo de incalculable polivalencia: para cada uno de sus lectores “el pasatiempo que se adorna” puede ser diferente, tanto como la “quimera perdida” o el “fatal silencio en la penumbra de la tarde ida”. Sin embargo, resulta gráfica la belleza de la comparación, concreta ahora, “como un jirón de niebla en fuga en el valle proceloso y tibio”. Tal mezcla de imágenes metafóricas de vehículo abstracto con aquellas cuyo vehículo es concreto es la característica que marca otros poemas: por ejemplo en “Soledad”, en el que alternan metáforas como “la iniquidad presenta / cerrados y tétricos celajes” con “páramo negro desolado” o “desierto ocluso”... Y todo para hacernos sentir su soledad “Esta es la soledad que siento / al verme rodeado de vacío”.

En “Repetición” nos presenta los museos como “historia muerta” frente a lo actual que está en la calle, en la playa, “en el hombre cotidiano / con sus vulgares apetencias”, incluso en la televisión, el cabaret o la discoteca. Por ello lo nuevo es lo mejor, aunque “no todo lo nuevo es bueno”. Y un deseo presentado como afirmación tajante: “la pulsación vital de la evolución cultural / no morirá por anquilosamiento o desidia”.

Su jardín lírico se puebla de flores extraordinarias que podrían incluirse en un bestiario fantástico (descripción de animales o plantas imaginados): flor de alucinación (fumada en antros de sueños o en jardines oscuros de la cuarta dimensión por “algunos jóvenes poetas”); flor de silicio que vive “en los gélidos parajes del universo imposible”; la flor de cadmio, de vida intelectual, que es propia de “la atmósfera de helio del supergigante Artaf NGC 25”; la idílica flor de cobalto, de X-42, que se mecen a los vientos del polvo solar, respiran neutrinos y comen astronautas...

La fantasía del poeta se detiene también en los monumentos funerarios del Neanderthal, sin olvidarse de los enterramientos cercanos como los del cementerio malagueño de San Miguel, donde se fija en el ciprés rugoso que vive gracias a la muerte (“La sustancia química de los desechos humanos / y el agua / se convierten en sangre generosa / en savia”) o en las cruces caídas, tronchadas y olvidadas del cementerio de San Rafael.

De nuevo, la panorámica de los cementerios cercanos lleva al poeta al sepulcro neolítico de Viera, el Romeral, Menga que para él son “Poema

hipogenético en piedra viva / como el cercano Torcal labrado”. Ante semejante monumentalidad prehistórica se pregunta “¿Qué fuerza extraterrestre movió a estos hombres? / ¿De qué planeta ignoto vinieron?”. Y de ahí, el salto al futuro en “Féretro espacial” en el que nos presenta “Empujado por cientos de gravitaciones / el cuerpo amortajado del astronauta / en un viaje eterno”, aunque, más tarde, sirve de salvación “a un ser indescifrable / entre vegetalcarne metálico” que, a su vez, “fue devorado por un dikonofutol de energía pulsante”. Es el último poema de este breve libro tan sugerente como lleno de variedad y aciertos. Constituye la parábola de la vida que se ha de alimentar de otras vidas o de los restos orgánicos de otros seres vivos ya muertos. Es la cadena de la que, inevitablemente, formamos parte.

Nos dejó dicho Unamuno, a propósito del fracaso de Cicerón como poeta, que no creía en la grandeza de la oratoria de un orador que nada tenga de poeta, que no sea capaz de “parir una metáfora nueva o de colocar bien y a tiempo una de las ya paridas”. El libro que nos ocupa sí es libro de un poeta en tanto que utiliza con precisión metáforas y alegorías sumamente originales y sugerentes, en tanto que nos transporta a mundos imaginarios, nos deja testimonio y análisis de sentimientos propios, paradigma de los sentimientos de todos los humanos, y nos abre un universo, un cosmos que hacen honor a su título, “Sonata cósmica”.